

## Acceder a lo Sagrado

Luis Armando Aguilar Sahagún

Es de la mayor relevancia que el hombre sea capaz de reconocer razones para creer y esperar, en sí mismo y en Dios. Entre una y otra, fe y esperanza, hay una correlación que es necesario esclarecer. El cinismo, el pragmatismo, el hedonismo no son caminos de realización del hombre. ¿Qué puede aportar la filosofía hoy al hombre de nuestro tiempo que busca creer o, que por lo menos, no ha cerrado por completo la puerta al Misterio de Dios?

La urgencia de mirar al mundo con nuevos ojos, precisamente a la luz del doloroso cuadro de miseria, dolor y de injusticia, encuentran luz y sentido en la mirada de la fe. Ésta, lejos de ser opio del pueblo, huida o evasión infantil de la realidad, da a la inquietud por un mundo más justo y solidario un horizonte de sentido y una esperanza que rebasa la racionalidad calculadora (pragmatista), técnica (instrumental) y débil (relativista).

Cabe preguntar si es posible, para cualquier persona que puede tener acceso a lo sagrado, un conocimiento de la realidad espiritual por excelencia, la que radica en el ser humano y, sobre todo, la del misterio sagrado al que llamamos Dios. ¿Cómo lograrlo sin caer en un subjetivismo, en un fideísmo, en un tipo de gnosticismo? ¿Qué puede hoy significar contemplación sin connotar esta actividad de asociaciones pseudo-místicas?

En una conferencia pronunciada el 4 de octubre de 1930 en la Federación de Asociaciones de Estudiantes cristianos, el filósofo Gabriel Marcel ofrece un conjunto de consideraciones sobre la incredulidad contemporánea que pueden movernos a encontrar una respuesta propia. Marcel pensaba una tarea así sólo sería posible remontando la larga pendiente por la que ha resbalado el pensamiento moderno desde el siglo XVIII. El conocimiento, sostiene este autor, implica una ascesis previa, una purificación exigente sobre nuestras actitudes y motivos. Los progresos de la técnica han llegado a absolutizarla; una consecuencia de ello ha sido la costumbre de considerar el conocimiento como una técnica que no afecta para nada al que la ejerce, lo que ha contribuido poderosamente a cegarnos. La ascesis de la que habla Marcel se refiere a liberarse de la reflexión como mera crítica.

Renan, autor de una de las primeras historias de Jesús, afirmaba que “la verdad puede ser triste”. Esta concepción sombría de la verdad, que caracteriza a ciertas corrientes de pensamiento suele ir acompañada de una actitud desesperanzada y pesimista, lo más opuesto al dicho de Pablo a los Corintios, “el amor se alegra de la verdad” y de lo que Marcel llama *conocimiento sagrado*, que tiene que ver con la actitud de adoración. El sujeto colocado en presencia de algo en donde ha de dejar todo asidero, ante la trascendencia: “esa especie de intervalo absoluto, infranqueable, que se abre entre el alma y el ser, en cuanto que éste se oculta a la percepción.”

Este tipo de gesto es lo más característico del creyente que, en él, da testimonio de que no hay nada que hacer, nada que cambiar, sino simplemente, acabar de entregarse. Supone, así mismo, que en toda persona puede nacer y estar ya presente el sentimiento de lo sagrado, en el que entran el respeto, el temor y el amor. Es lo opuesto a una actividad técnica, consistente en tomar, modificar, elaborar, dominar.

Si puede decir que la adoración es *un acto*: no implica que se trate de un acto de aprehensión. Marcel la caracteriza como un “abrirse y ofrecerse”. En el momento en que se pregunta “¿a

quién?”, se encuentra la oposición de todo el subjetivismo moderno. Si el subjetivismo puro fuese una adquisición del espíritu moderno, debería darse por concluida la cuestión religiosa. El universo de gran cantidad de artistas, piensa Marcel, es un universo clausurado a una respuesta realista por ese “¿a quién?” por no mencionar el mundo de la economía, de la política y de los medios masivos.

Marcel observa que cuanto más accede el espíritu a la fe y cuanto más se da cuenta de la trascendencia de su objeto, tanto más comprende que es completamente incapaz de producirla por sí mismo, de extraerla de su interior. Por lo mismo que se conoce, de que se convence de su propia debilidad e impotencia, se ve movida a descubrir que la fe es una respuesta, una adhesión a algo que no es fácil expresar, pero que es vivido como una silenciosa y oscura invitación que la colma; que la mueve sin obligarla. No se trata de una presión irresistible, porque la fe sólo es posible como acto libre. Y no deja de ser parte de su misterio el hecho de que, tratándose de la realidad por excelencia, realidad a la que debe su ser y su vida, el hombre pueda negarse a responder por la adhesión de la fe.

Con mucha frecuencia la falta de fe, la incredulidad, toma la forma de una falta de atención, que tiene su origen en una incapacidad de prestar oídos a una voz interior, a una llamada dirigida a lo más hondo de nuestro ser. La vida moderna propende a intensificar esta falta de atención, casi la impone, en la medida en que deshumaniza al hombre, en que lo desarraiga de su centro y lo reduce a un conjunto de funciones inconexas.

La falta de atención, fenómeno sobre el que Simone Weil ha hecho valiosas observaciones, es como un sueño del que el sujeto puede despertar. Los encuentros son en este punto de un valor inestimable. El encuentro con una persona que irradie una fe genuina lleva al distraído a reflexionar sobre su propia situación: ¿estoy seguro de no creer?

Fe y testimonio van, según Marcel, íntimamente unidos. La razón de ello está en que no existe, según este autor, fe sin fidelidad. La fe no es por sí misma un movimiento del alma, un éxtasis; es ante todo, constante testimonio.

Frente a la objeción por razón del problema del mal, observa Marcel que “los grandes testigos no se reclutan entre los más dichosos de este mundo, sino más bien entre los que sufren y los perseguidos”. Por el contrario “el mayor obstáculo que se opone a la fe no es la desgracia, sino la satisfacción. Existe una íntima afinidad entre satisfacción y muerte. En cualquier campo, y especialmente en el campo espiritual, un ser satisfecho, un ser que declara que tiene todo lo que necesita se encuentra en vías de descomposición”.

El pensamiento moderno, asociado a la técnica, niega toda acción sobrenatural gratuita. La gracia es todo lo contrario de la técnica. No se la puede “producir” ni “efectuar”. La realidad envuelta en la adoración excluye toda captación posible del sujeto. Éste, a su vez, aparece como captado por una elección incomprensible que emana del trasfondo del ser.

Donde es negada la realidad que envuelve el acto de adoración, y donde la concepción del mundo está determinada por la técnica, es decir donde predomina la idea de un orden natural que corresponde a la técnica restaurar, no tiene cabida la idea de salvación. Ésta supone la fe, como el acto libre mediante el cual la persona acepta reconocer el principio superior que en cada instante la crea, la hace ser y la mantiene en la existencia. Ese acto de aceptación hace permeable a una acción a la vez íntima y trascendente.

¿Qué es lo que queremos significar cuando afirmamos o negamos que Dios existe? Negar su existencia no supone, necesariamente, rechazar su realidad. El pensamiento existencial como el

de Marcel se presenta como un camino para soportar la tensión que entraña la idea de un Dios real pero *no existente*, en el sentido de *no objetivo*.

La reflexión sobre el cuerpo y la sensación condujo al joven Marcel a pensar que si, como ser humano, existo en la medida en que tengo cuerpo y en que sostengo por medio de ese cuerpo unas relaciones con el mundo que no se pueden reducir a las que determina el pensamiento científico, su investigación se vio orientada hacia el Dios encarnado, hacia el Dios que se confirió a sí mismo la existencia al hacerse hombre. Esto no implicaba creer en ese Dios. Era necesario dar un paso más, que involucra a toda la persona, franquear el umbral de lo que se llama conversión.

El filósofo francés encuentra que en nuestro tiempo, en el que las ciencias y la técnica han avanzado al grado de ver al hombre como “una máquina electrónica”, se pone de manifiesto la incompreensión radical de lo que es la subjetividad. El paso que Marcel considera necesario es dar al término “testimonio” desde un registro filosófico.

El testimonio implica un compromiso, y Marcel lo ha asumido en cuanto filósofo. El filósofo existencial se define por una vocación. La vocación del filósofo es *la comprensión fraternal*, punto central del testimonio. En cierta medida la recepción de ese testimonio y de su validez dependen de una disposición receptiva, un oído comparable al del músico, que es facultad y don. Dicha disposición capta un valor íntimamente ligado al ser. Lo que transparenta el testimonio es la “reverberación de la luz” que afirma al Dios santo. No se trata del Dios de los filósofos, sino de Dios históricamente definido.

La afirmación de ese Dios no es un mero juicio que predica la santidad como un atributo divino. Se trata más bien de una alabanza que brota de “esa zona central en el que pensamiento y el corazón se confunden”, es decir, del núcleo de la persona. La alabanza es testimonio por excelencia y no puede reducirse a un mero fenómeno. El filósofo sólo puede reconocerla como trascendente. La afirmación de Dios surge en el punto extremo de la investigación filosófica.

Así, el filósofo habla en nombre de otros, “de aquellos cuyo pensamiento orante se eleva hacia el Dios santo” en oración de alabanza. Ese filósofo se siente unido a una comunidad fraternal que no tiene fronteras, a la que da voz.

Quienes no creen todavía, que buscan, que querrían creer y dudan confesárselo, quienes temen ceder a la tentación de abandonarse a la fe, a una esperanza que oscuramente sienten que los mueve internamente y busca un polo meta-histórico, pueden ayudar a forjar el lenguaje, la mediación que la cultura ofrece para apuntar al misterio y, finalmente, poder reconocerlo en actitud de adoración.